



LAS SIETE PALABRAS
QUE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO
HABLÓ EN LA CRUZ



Núm.

135



LAS SIETE PALABRAS QUE HABLO CRISTO EN LA CRUZ.

Viernes Santo, ¡qué dolor!
espiró crucificado
Cristo nuestro Redentor,
mas antes dijo angustiado
siete palabras de amor.

La primera fué rogar
por sus propios enemigos;
¡oh caridad singular!
que á cuantos fueron testigos
mucho les hizo admirar.

La segunda, un ladrón hizo
su petición eficaz,
la que Cristo satisfizo
diciéndole: «hoy serás
conmigo en el Paraiso.»

A su madre la tercera
palabra se dirigió,
diciéndola recibiera
por hijo á Juan, y añadió,
que él por Madre la tuviera.

La cuarta á su Padre amado
dirige con afecto pio,
pues viéndose tan angustiado

dijo al Eterno: «¡Dios mío!
¿por qué me has desamparado?»

La quinta, estando sediento
por hallarse desangrado,
dijo casi sin aliento:
«sed tengo», y allí le fué dado
hiel y vinagre al momento.

La sexta, habiendo acabado
y plenamente cumplido
todo lo profetizado,
dijo muy enternecido:
«ya está todo consumado.»

La sétima, con fervor,
su espíritu entrega en manos
de su Padre, con amor.
De esta manera, cristianos,
murió nuestro Redentor.

Por las angustias y penas
que padecisteis, Jesús,
en la cruz, pido de veras
merezcamos ver tu luz
en las moradas eternas.

DESPEDIDA DE LA SANTÍSIMA VÍRGEN Á SU HIJO.

Oye, alma, la tristeza
y la amarga despedida
que la Madre de pureza
hizo de Jesús, su vida,
postrada ante su grandeza.

Contempla cuán dolorida
nuestra Madre Soberana,
llorando su despedida
del hijo de sus entrañas,
y de ésta suerte decia:

«Adios, Jesús amoroso,
adios, claro sol del alba,

adios, celestial Esposo,
de mi virginidad palma,
de mi seno Fruto hermoso.

Adios, lucero inmortal,
adios, lumbré de mis ojos,
que me dejas cual rosal
entre espinas y entre abrojos,
y en una pena mortal.

Hijo que á morir te vas,
adios, fin de mis suspiros,
no te olvidaré jamás,
pues nació para serviros
y para penar no mas.»

RELACION MÍSTICA DE LA DOLOROSA PASION Y MUERTE

de Nuestro Redentor Jesús, y el descendimiento de la Santa Cruz.

Alma, si eres compasiva,
mira, atiende y considera
al pie de la Cruz, María,
viendo estar pendiente de ella
á su dulcísimo Hijo
abierto con cinco brechas,
corriendo arroyos de sangre,
coronada la cabeza
de penetrantes espinas,
brotando púrpura de ella,
que por su divino Rostro
de hilo en hilo gotea.
Mira aquel color difunto
y aquella boca de perlas,
parece un clavel morado
de haber caido en las piedras;
las rosas de sus mejillas,
dos cardenales en ellas;
su garganta que á la nieve
no le hacia diferencia,
desollada y denegrada;
hombros y espaldas abiertas,
que de los fuertes azotes
los huesos se ven por ellas.
En los brazos y rodillas
tiene las llagas abiertas
de haber caido en el suelo
llevando la cruz á cuestas,
llagado y corriendo sangre
de los pies á la cabeza.
Su madre le está mirando,
oje como se lamenta:
—«Hijo de mi corazon,
¿qué culpas fueron las vuestras
que así os quitan la vida
siendo la misma inocencia?
Oh!, todos los que pasais,
atended, mirad mi pena,
si hay dolor que á mi dolor
pueda hacerle competencial

Solo este Hijo tenia,
y por envidia y soberbia
sin culpa me lo han muerto.
¡Ay Jesús, que me atraviesa
una espada el corazon!
¡Ay que la noche se acerca!...
No tengo una sepultura
ni una mortaja siquiera:
no hay quien de la cruz lo baje;
¿qué hará esta esclava vuestra?
Angeles de mi custodia,
¿cómo no aliviáis mi pena?»
Los ángeles respondieron:
no nos han dado licencia
de bajar, que vuestro Hijo
no corre por cuenta nuestra.
Volvió la Virgen los ojos,
y viendo de que se acerca
una cuadrilla de gente
trayendo dos escaleras,
le dijo sobresaltada
á San Juan de esta manera:
dime, Juan, hijo querido,
¿sabes qué gente es aquella?
¿qué injuria querrán hacer
á esta infinita grandeza?
San Juan dijo: Madre mia,
sosegad, no tengais pena,
que son José y Nicodemus
y vendrán á cosa buena.
Llegan los santos varones,
viendo á la sagrada Reina
al pie de la cruz llorando
y á su Hijo muerto en ella,
á sus pies se arrodillaron,
comenzaron con gran pena
á espresar su sentimiento,
y á las palabras primeras
con la fuerza del dolor
todos á llorar comienzan.

Lloran José y Nicodemus,
llora la sagrada Reina,
y todos los que allí estaban,
tambien Juan y Magdalena,
tales eran los sollozos
que los corazones quiebran:
mas la dolorida Madre
dijo: la noche se acerca;
y José y Nicodemus
arriman las escaleras
al santo árbol de la cruz,
y ambos subieron por ellas.
Quitáronle la corona,
se la dan con reverencia
á la dolorosa Madre,
y tomándola la besa:
corona que el Rey del cielo
tuvo puesta en su cabeza;
has mi Dios, que los mortales
la adoren con reverencia.
Luego la dieron los clavos
y con humildad los besa;
los clavos que atravesáreis
aquellas palmas supremas,
que al cielo y todas las cosas
dieron ser y las conserva!
heristeis mi corazón
con una aguda saeta.
Bajan el difunto Cuerpo,
y San Juan por la cabeza,
Magdalena por los pies,
á la Virgen se lo entregan;
y teniéndole en sus brazos
mirando aquella belleza
que está tan desfigurada,
muy triste á decir comienza:
venid, los que teneis sed,
que están las fuentes abiertas;
venid, los que sois hambrientos,
á este Pan de vida eterna;
venid, los que estais enfermos,

que la medicina es esta,
venid, que á todos convido,
pues á nadie se le niega.
Luego José y Nicodemus
con los unguentos que llevan
ungen el sagrado Cuerpo,
y en una sábana nueva
le envolvieron, y un sudario
pusieron en su cabeza,
y con sienciosos pasos
hácia el sepulcro se acercan.
Van muchos fieles delante,
y los que al difunto llevan,
Nicodemus y José,
(que fué suerte tan buena)
el centurion y San Juan,
luego va la humilde Reina,
cercada de serafines,
las tres Marías con ella;
cuando llegan al sepulcro
le ponen con reverencia
y luego cierran la losa.
Muchos ángeles se quedan
acompañando al Señor;
los demas dieron la vuelta,
y al pasar por el Calvario
adoró la triste Reina
al santo árbol de la cruz,
todos los demás la besan.
A Jerusalem caminan,
mas al despedirse de ella
todos se apartan llorando
y su bendicion les echa.
Al Cenáculo se fué
con Juan y la Magdalena
hasta la Resurreccion
que con grande fé la esperan.
Tratemos de acompañarla
y consolarla en sus penas
para recibir el premio
despues de la vida eterna.

Despacho: Sucesores de Hernando, Arenal, 11.